

Segundo Congreso de Pensadores Humanistas de Centroamérica

**JOSÉ CORONEL URTECHO: POETA VANGUARDISTA Y
PENSADOR DE LA HISTORIA**

Carlos Tünnermann Bernheim

UNIVERSIDAD NACIONAL DE COSTA RICA

Heredia, C.R., 3 y 4 de junio de 2009.

JOSÉ CORONEL URTECHO: POETA VANGUARDISTA Y PENSADOR DE LA HISTORIA

Carlos Tünnermann Bernheim.

INTRODUCCION

En el año 2006, se celebró el centenario del nacimiento del poeta, narrador, ensayista y pensador de nuestra historia, José Coronel Urtecho, una de las figuras señeras de nuestra literatura, cofundador con Luis Alberto Cabrales del “Movimiento de Vanguardia”.

Como ya señalamos, el “Movimiento de Vanguardia” inauguró la nueva poesía en Nicaragua. Se inició hacia 1927 con el regreso a Nicaragua de José Coronel Urtecho, proveniente de los Estados Unidos y Luis Alberto Cabrales, quien regresa a Nicaragua ese mismo año, luego de una temporada en París. Coronel traía las novedades de la nueva poesía norteamericana, especialmente las innovaciones de Ezra Pound, de quien fue ferviente admirador, y Cabrales, las últimas novedades de la poesía francesa, posteriores a las que ya había divulgado el Padre del Modernismo, Rubén Darío.

José Coronel Urtecho nació en Granada, el 28 de febrero de 1906, hijo del ideólogo liberal y prominente miembro del gobierno del Presidente José Santos Zelaya, doctor Manuel Coronel Matus, oriundo de Masaya, y de la estimable dama granadina, doña Blanca Urtecho Avilés. Hizo sus estudios de bachillerato con los jesuitas, en el Colegio Centroamérica, que en aquella época se transformó en el vivero de los poetas y escritores integrantes del Movimiento de Vanguardia, entre ellos Pablo Antonio Cuadra y Joaquín Pasos. Publicó sus primeros versos a los veinte años de edad y, en 1924, se trasladó a San Francisco de California, donde estudió el idioma inglés, que llegó a dominar a la perfección, no así el francés que lo aprendió él solo cuando tenía 15 o 16 años leyendo libros que tenía su madre en dicho idioma. El mismo nos dice: “*Nunca aprendí a hablarlo, pero a leer sí*”. Su familia lo puso a seguir estudios de comercio, pero su pasión fue la lectura, a la que dedicó la mayor parte de su tiempo, principalmente la lectura de los nuevos escritores norteamericanos y franceses.

Regresó a Nicaragua, a los 21 años de edad, el mismo año en que ocurrió el regreso de Francia de Luis Alberto Cabrales (1927). Pronto la afinidad de gustos literarios hizo que estos dos jóvenes poetas entablaran una estrecha amistad. En torno a ellos se agruparon los poetas, casi adolescentes, alumnos de los jesuitas en Granada, creándose así el Movimiento de Vanguardia y, en 1931, la Anti-academia Nicaragüense de la Lengua, por iniciativa de Pablo Antonio Cuadra.

Julio Valle Castillo, en su obra “**El Siglo de la poesía nicaragüense**”, transcribe la presentación que Cabrales hizo de José Coronel, de la cual vale es oportuno reproducir aquí los párrafos siguientes:

“José Coronel Urtecho, joven del siglo XX vive en el siglo XX.

Son raros en Nicaragua los que viven en el siglo XX. La mayoría vive en 1848. Otros – bienaventurados- en 1789.

El arte de Coronel –prosa o verso- es el arte del siglo.

Se ha desnudado a la poesía de toda trascendencia. Libre de filosofías y de sociologías románticas; libre de toda crinolina ideológica, ha quedado en el mármol puro.

En esto, como en toda cosa, el siglo XX se da la mano con la Edad Media. Hoy se escribe por sport, antaño por “*fazer placer et dar alegría*”.

Profundamente religiosa, riéndose de la inmortalidad literaria, la juventud se ha puesto a jugar con el momento.

Se ha puesto a jugar con el momento y con todo el mundo. Incluso con los grandes hombres.

Coronel Urtecho se burló de Rubén Darío. Hizo bien. Los fetichistas habían hecho de nuestro gran poeta una especie de Buda hierático, intocable. Era necesario ponerlo en su lugar, humanizarlo. Coronel Urtecho se burló de Eugenia Torres. Hizo muy bien. Se ha burlado y se seguirá burlando de los lectores de 1848 y de 1789. Y hace bien en fazernos

el placer de regocijarnos a costas del prójimo. Porque no hay motivo mejor de regocijo que “El Señor que escandaliza y el Señor que no comprende”.

Coronel Urtecho ha sido causa de escándalo y causa de incompreensión. Tanto mejor para él.

Coronel Urtecho se adentró en el mar eterno de la poesía y ha sacado del fondo perlas perfectas, imágenes palpitantes y novedosas.

En sus versos hemos encontrado, “las bocinas de porcelana de las azucenas”. “Los perales que reparten corazones a las internas de la escuela vecina”. “Las chimeneas que se van fumando, con sombrerito negro –niñas educadas en el extranjero”.

Coronel Urtecho, el Padre Pallais y otros dos “que andan por ahí”, son los mejores poetas de Nicaragua”.

Ernesto Cardenal, en su imprescindible libro “**Nueva Poesía Nicaragüense**”, nos dice: “Coronel inició la revolución de vanguardia con una oda de saludo a Rubén Darío, haciendo ver en ella que la poesía ya había cambiado de traje:

*“En fin, Rubén,
paisano inevitable, te saludo
con mi bombín
que se comieron los ratones en
1920 i cin-
co. Amén.”*

El cisne, a quien finalmente el modernismo, hartado de él, había tratado de romperle el cuello, ha pasado ya con Coronel a ser una curiosidad de museo, como las locomotoras de 1880. Coronel ahora le dice: “yo sé que tú eres de algodón”, y en su oda a Rubén le recuerda los antiguos jardines,

“donde yo me paseo con mi novia
i soy irrespetuoso con los cisnes”.

Mediante la burla, Coronel quería en esa oda despojar a Rubén de sus anacrónicas vestiduras, su apolillado disfraz de príncipe con que se presentaba en las grandes paradas militares, en nombre de ese otro Rubén sincero, el que se quitaba su traje por las noches, a la hora de los “Nocturnos”:

“Silencio de la noche, doloroso silencio nocturno...”

La oda es una defensa de este Rubén íntimo, sin artificios, el Rubén en pijama, cuando sus ilusiones y su poesía de antes ya le quedaban cortas como un traje marinero de la infancia. El Rubén que decía: “Ya no hay princesas que cantar”.

Más tarde, el propio Coronel Urtecho y los demás vanguardistas reconocieron su enorme deuda con la renovación literaria, emprendida por Darío. Así, Luis Alberto Cabrales, juzgando que las reformas de Darío no sólo incidieron en la poesía sino en el instrumento mismo, en la propia lengua, que fue así libertada de viejas ataduras, llega a decir: *“De tal manera enriqueció la lengua castellana que con la misma justicia con que se le denomina lengua de Cervantes, podría llamársele lengua de Darío”*. *“Darío es ese, -señaló Pablo Antonio Cuadra-, que pone en pie el castellano para una segunda salida –aún mejor que la primera- como el Quijote. El mismo sirve de guía, de capitán: es el renovador”*.

Similar a lo que aconteció con los vanguardistas nicaragüenses, que se iniciaron lanzando piedras al Rubén marmóreo, fue lo que le sucedió a otros grandes poetas hispanoamericanos, que comenzaron su andadura poética negando a Darío, para luego reconocer que sin Darío ellos jamás hubieran sido lo que finalmente fueron. Así Octavio Paz, el Premio Nóbel de Literatura mexicano quien afirmó: *“El lugar de Darío es central, inclusive si se cree, como yo creo, que es el menos actual de los grandes modernistas. No es una influencia viva sino un término de referencia: un punto de partida o llegada, un límite que hay que alcanzar o traspasar. Ser o no ser como él, precisa Octavio Paz, de ambas maneras, Darío está presente en el espíritu de los poetas contemporáneos. Es el fundador”*. ... *“Darío no es únicamente el más amplio y rico de los poetas modernistas: es uno de nuestros grandes poetas modernos. Es el origen”*. Y Jorge Luis Borges, quien tuvo también una etapa antidariana, escribió lo siguiente en ocasión del Centenario del Nacimiento de Rubén: *“Cuando un poeta como Darío ha pasado por una literatura, todo en ella cambia”*. *“Todo lo renovó Darío: la materia, el vocabulario, la métrica,*

la magia peculiar de ciertas palabras, la sensibilidad del poeta y de sus lectores. Su labor no ha cesado y no cesará; quienes alguna vez lo combatimos, comprendemos hoy que lo continuamos. Lo podemos llamar el Libertador”.

Como no es posible, en esta ocasión, abordar todas las facetas de la obra literaria de José Coronel Urtecho, nos vamos a limitar a su dimensión de pensador o, mejor dicho de filósofo de nuestra historia.

I

José Coronel Urtecho no sólo fue Capitán del Movimiento de Vanguardia, renovador entre nosotros de la poesía y de la prosa, gran conversador y uno de los hombres de letras más valiosos de Nicaragua, sino que también incursionó en el terreno de nuestra historia, aunque él jamás aceptó que se le considerara como historiador; *“soy, afirmaba, únicamente un lector de historia que escribe lo que piensa de sus lecturas en esas materias”...* *“En realidad, agrega, no sería sincero si dijera otra cosa, como tampoco sería auténtico si en realidad creyera que lo soy. Aunque haya escrito de éste, igual que de otros temas, nunca me ha dado felizmente por crearme historiador, puesto que, como digo, no lo soy, y ni siquiera aspiro a serlo”...*

Lo cierto es que Coronel Urtecho fue algo más que un simple lector de historia: fue un intelectual que reflexionó inteligentemente sobre lo que él mismo llamó *“la retahila de nuestra historia”*, tratando de encontrarle un sentido, una significación, una explicación, que nos permitiera comprender mejor el presente y vislumbrar el futuro. Fue, por lo tanto, un filósofo de la historia, o al menos un pionero, entre nosotros, en el cultivo de la filosofía de la historia.

En el Apéndice al Tomo II de sus **“Reflexiones sobre la Historia de Nicaragua”**, Coronel nos confiesa que cuando era muchacho y estudiante de bachillerato, la historia de Nicaragua *“no tenía ni pies ni cabeza”*, para él posiblemente, la *“retahila”* de hechos y sucesos consignados en los textos de historia tenían *“un sentido capaz de trascender las interpretaciones de la propaganda política y aun para relacionar de una manera significativa los hechos meramente inventariados en orden cronológico”*. *“Pero en los textos en que yo estudiaba, dice Coronel, todos los hechos resultaban indescifrables o ni siquiera pretendían tener significado”*. Buscar el sentido de los mismos, su significado, es lo que Coronel se propuso con sus **Reflexiones**. Sin embargo, no

fueron esas **Reflexiones** la única aproximación de Coronel al género histórico. En realidad, el estudio de la historia, y especialmente el de la historia de Nicaragua, fue una de sus vocaciones tempranas, como lo demuestran los capítulos sobre la **Historia de Nicaragua** que escribió en su juventud, de los cuales se publicaron los capítulos I (Descubrimientos, exploraciones y fundaciones) y II (Formación cultural del pueblo nicaragüense) en la Revista de la Academia de Geografía e Historia de Nicaragua, Tomo I, Nos. 2 y 3 (Diciembre de 1936 y febrero de 1937), reproducidos en los números 150 y 151 de la Revista del Pensamiento Centroamericano.

Además, Coronel se interesó por la historiografía de nuestra historia, es decir la historia de nuestra historia, sobre la cual publicó un ensayo, insertado más tarde en el Tomo II B de las Reflexiones, bajo el título de “**Libros y Documentos para la Historia de Nicaragua**”.

Con gran honestidad intelectual, Coronel Urtecho estaba más que nadie consciente de las limitaciones de sus Reflexiones sobre la Historia de Nicaragua, desde luego que ellas se basaban en la lectura de los libros de historia de Nicaragua y él sabía perfectamente que tales libros no están exentos de errores y de interpretaciones muchas veces subjetivas y apasionadas. Pero confiaba en salvar esos escollos y poder construir sus reflexiones de manera más o menos lógica. Las fuentes principales utilizadas por Coronel fueron los textos que podríamos llamar clásicos de nuestra historia: los libros de los doctores Tomás y Alfonso Ayón, de José Dolores Gámez, Francisco Ortega Arancibia y Jerónimo Pérez. Precisamente, en el ensayo que antes mencionamos “**Libros y Documentos para la Historia de Nicaragua**”, Coronel se queja de las limitaciones que tiene que enfrentar en nuestro medio el investigador de nuestra historia por la ausencia o deficiencia de nuestros archivos y demás fuentes documentales. “Dadas las condiciones que hasta aquí han existido, es natural, escribe Coronel, que casi nadie se haya dedicado a la investigación histórica propiamente dicha”... “La documentación no ha sido... el fuerte de la historia centroamericana, menos aún de la nicaragüense. En realidad, no era posible que lo fuera, por la enorme dificultad de obtener documentos, ni puede serlo todavía por la misma razón. Creo que Ayón y Gámez fueron los primeros que trataron de dar a nuestra historia alguna base documental”... “Las guerras civiles destruyeron casi todos nuestros archivos, dice Coronel, y lo que se salvó de los archivos del gobierno se cuenta que el Presidente don Vicente Cuadra lo regaló al norteamericano Bancroff y actualmente se conservan en la Biblioteca

de la Universidad de California, en Berkeley”. ...”Lo cierto es que los documentos para la historia nicaragüense, afirma Coronel, hay que buscarlos en el extranjero.”

Es lo que hizo don Sofonías Salvatierra para escribir su “**Contribución a la Historia de Centroamérica**” y fue el primer nicaragüense que realizó investigaciones en el Archivo de Indias de Sevilla. Después le seguirá el Dr. Andrés Vega Bolaños, editor de los 16 volúmenes de la llamada “**Colección Somoza**”, a quien Coronel considera como el pionero de un nuevo espíritu en la investigación histórica, caracterizada por “la creciente convicción de que la principal tarea del historiador-investigador ha de ser la de preparar los materiales que hagan posible la nueva Historia de Nicaragua”. Después vendrán los valiosos trabajos del Padre Manuel Pérez Alonso S.J., fundador del Instituto Centroamericano de Historia de la Universidad Centroamericana, y la extraordinaria y paciente labor de varias décadas de Carlos Molina Argüello en el Archivo de Indias de Sevilla .

Pero antes de que apareciera esta nueva escuela de investigadores, la historia entre nosotros, a falta de documentos, dice Coronel, no podía ser otra cosa que “conversación o transmitida por conversación”. Naturalmente, “la historia como conversación, en la escasa medida en que se produce, generalmente resulta pobre y bastante insegura, en cuanto a exactitud y veracidad”. De esta suerte, algunos de nuestros historiadores clásicos no son más que narradores o cronistas de tradiciones, como es el caso, según Coronel, de Jerónimo Pérez y Ortega Arancibia. Y estas crónicas, por supuesto, están matizadas por el credo político de su autor, de tal manera que puede afirmarse que han existido dos versiones de nuestra historia: una liberal y otra conservadora. Esto no significa que Coronel desdeñe los textos de Pérez y Ortega Arancibia. “Es necesario reconocer, escribe Coronel, que en el estado actual de la investigación histórica, ni los historiadores más documentados, ni los más exigentes en cuanto a prueba documental, podrán escribir nada que tenga sentido acerca de cualquiera de los períodos de la historia de Nicaragua, desde la independencia hasta el principio de los Treinta Años, si no han leído a Pérez y Arancibia, o lo que viene a ser lo mismo, si no se atienen en muchas cosas únicamente a la tradición”.

Esta disgresión sobre la pobreza documental que debe enfrentar el historiador en nuestro medio, mayor aún cuando José Coronel Urtecho escribió sus **Reflexiones**, se justifica por cuanto quizás a ella se deba la decisión de Coronel de discontinuar sus Reflexiones.

Como se recordará, la publicación en 1963 de la tesis de grado de Chester Zelaya Goodman “**Nicaragua en sus primeros Años de Vida Independiente**” (Nº 54 de Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano) obligó a Coronel Urtecho a revisar, aunque no a rectificar, algunas de las consideraciones que había hecho en el Tomo II de sus Reflexiones acerca de su tesis sobre la posición de Granada, o más concretamente, sobre si el Coronel Crisanto Sacasa, Jefe Político de la ciudad y el personaje más importante de Nicaragua en los años inmediatos a la proclamación de la Independencia, había o no jurado la Anexión a México, tal como lo pedían las autoridades de Guatemala y lo había hecho la ciudad de León. Coronel había llegado a la conclusión que debido, al ánimo tan decidido de la población granadina en contra de la Anexión al Imperio, tal juramentación no había ocurrido. “Difícilmente encajaría afirmó Coronel, dentro del ritmo histórico del año 1822, ni en el juego político de don Crisanto, ni en el clima político de la ciudad”. Gracias a que Zelaya Goodman había podido consultar con provecho los Archivos Nacionales de Costa Rica, se pudo constatar que Granada sí juró la Anexión al Imperio mexicano de Agustín Iturbide. Así lo reconoció, en oficio dirigido al Ayuntamiento de Granada, un personaje de quien ningún historiador nicaragüense tenía noticia y que fue como exhumado de los archivos costarricenses por Zelaya Goodman: el Lic. don Víctor de la Guardia, Jefe Político Subalterno de Granada, quien tuvo a su cargo presidir la ceremonia de juramentación, único acontecimiento de importancia en el cual participó este oscuro personaje para luego desaparecer de nuestra memoria histórica, hasta el descubrimiento hecho por Zelaya Goodman.

Pero para Coronel Urtecho la aparición de este personaje significó escribir todo un volumen de “Revisiones al Tomo II”, tarea que le impuso su alto concepto de objetividad y veracidad. Pero también, aparentemente, lo condujo, a la decisión de discontinuar sus Reflexiones. Así lo dice en una de las “Notas tomadas al margen de un comentario a mis Reflexiones sobre la Historia de Nicaragua”, publicadas en el Nº153 de la “Revista del Pensamiento Centroamericano”: “Yo dejé de escribir sobre historia de Nicaragua, cuando me di cuenta -por el trabajo sobre la

independencia de Chester Zelaya Goodman- que casi todo lo que tomaba de los historiadores era incompleto o falso”.

Sin embargo, como el propio José Coronel lo señala “Nuestra necesidad de explicarnos la historia no puede, como es obvio, quedar en suspenso por el hecho de que sepamos, como todos sabemos, que siempre pueden aparecer y en efecto aparecen, nuevos datos históricos, sólidamente documentados, que nos obligan a modificar, y muchas veces a abandonar nuestra anterior manera de entender una determinada situación”.

Esa necesidad de explicarse la historia es la que llevó a José Coronel a buscar, en la “*retahila*” de sucesos, el sentido de la historia nicaragüense. “Sentido histórico, es para mí, nos advierte Coronel, lo que me hace encontrar mi modo de entender”... “A mí no me interesa lo que se llama historia si no le hallo sentido. Con no poco trabajo y en condiciones bastante difíciles, señala Coronel, leo y escribo sobre la historia de Nicaragua, únicamente por indagar si tiene o no significado. Para mí por lo menos, claro está que lo tiene y verdaderamente fascinante”... “Pero esta búsqueda del sentido histórico o del sentido de la historia no puede ser una tarea solitaria. No puede ser siquiera una tarea individual. La historia tiene que ser un saber colectivo, y lo que se llama sentido histórico es en definitiva sentido común, no porque sea convencional o deba ser mediocre, sino porque todos de alguna manera participan en él o deben participar. No cabe mucha historia en la mente de un hombre.”

A partir de la Independencia, y a pesar de que ésta se logró en Centroamérica pacíficamente, casi “como un debate de intelectuales en un ateneo”, al decir del propio Coronel, inmediatamente después se desató la guerra civil, especialmente en Nicaragua.

Desde entonces, todo quedó planteado en ese terreno. “La historia misma, nos dice Coronel, empezó a vivirse y a concebirse como guerra civil. No solamente la historia en sí, como conjunto de hechos acontecidos en Centroamérica, sino también la historiografía centroamericana. En realidad, la historia escrita no ha consistido más que en la repetición de la historia vivida como guerra civil. Actores de ésta han sido los autores de aquélla, y tanto las memorias o relaciones de los protagonistas y corifeos de las revoluciones, como los libros de los historiadores afiliados a

los bandos opuestos, escritos siempre desde un solo ángulo, han acusado necesariamente una deformación, o por lo menos, una visión unilateral, es decir, incompleta, de la historia. Esta se ha escrito, pues, desde la guerra misma y como parte de ella. En Nicaragua, la visión incompleta y partidista del pasado hace imposible la superación intelectual del estado de guerra civil en que se vive. Hay por lo menos dos historias distintas, aunque complementarias, de Nicaragua: la liberal y la conservadora. Nunca se ha realizado ningún esfuerzo serio en el sentido de complementarlas, procurando ponerse por encima de las dos ellas con el fin de escribir en forma inteligible una historia de Nicaragua realmente nacional. Intelectualmente se continúa inmerso en la guerra civil, porque no se la puede mirar desde afuera o, mejor dicho, desde cierta altura, como un todo compacto y casi autónomo, cuyo funcionamiento tiene sus propias leyes y que de tal manera se confunde con la historia desde la independencia, que no es posible distinguirla de la historia misma.”

Este ha sido, hasta ahora y desafortunadamente el sentido que ha tenido nuestra historia. “Puede decirse sin exageración que es la política nicaragüense la que en verdad ha sido una guerra civil, fría o caliente, y la historia su resultado. Por consiguiente cualquier intento de comprensión de la vida política de los nicaragüenses, en el pasado igual que en el presente, debe empezar por libertarse del espíritu de guerra civil que anima esa política y la conduce necesariamente por los caminos de la violencia. Hay que librarse de él, y sin embargo no perderlo de vista. Los centroamericanos le llamaban en el siglo pasado “espíritu faccioso”.

“Esta guerra civil, concluye Coronel, es la clave de todo, especialmente en Nicaragua. Si perdemos de vista su desenvolvimiento no entenderemos la independencia, ni nada de la historia que de ella deriva.”

Que el sentido de nuestra historia haya sido hasta ahora determinado, salvo breves períodos como los famosos Treinta Años, por la persistencia de la guerra civil, que en otras palabras significa la “cultura de la violencia”, torna imperativa la búsqueda de lo que Coronel llama “la historia como diálogo”.

Dice Coronel que uno de los primeros en entender la historia como diálogo fue el Dr. Carlos Cuadra Pasos, el maestro de casi todos los intelectuales de su generación. El diálogo como

sustitución de la polémica, en el examen de nuestra historia. La historia como diálogo “no solo significa que la historia se aprende conversando sobre ella, sino que en cierto modo ella misma consiste en ese diálogo o conversación”, nos aclara Coronel. Y para mayor precisión añade: “Es que la historia es también la presencia de la conversación del pasado en nuestra propia conversación”.

“Pero la historia de Nicaragua, como la de cualquier otro país americano, carecería de sentido y aun de valor humano si no se proyectara en una perspectiva universal”... “Para nosotros, además, la universalidad es históricamente no sólo la forma más amplia de nuestra unidad, y aún de nuestra autenticidad nicaragüense, sino también la más auténtica expresión de nuestra libertad. Así volvemos al concepto de la historia como conversación, ya que ni sin conversación puede haber unidad, ni sin libertad puede haber conversación. La libertad es la esencia del diálogo - tanto del que mantiene el hombre consigo mismo como del que sostiene con los demás- que, por definición, consiste únicamente en el libre intercambio de distintos saberes y pareceres o maneras de ver. Por eso es que la historia como conversación sólo se puede concebir en un ambiente de libertad -es la historia correspondiente a la libertad y la democracia- y en realidad sólo ha existido en los países libres. En los países totalitarios no existe más que una historia oficial; la historia como conversación es subversiva. Mas sólo en la medida en que la historia se convierte en conversación y la conversación se convierte a su vez en historia, es que un pueblo digiere, si puede así decirse, la libertad”. “Nuestra historia considerada como guerra civil, que es lo que ha sido entre nosotros la historia partidista, no ha reflejado, por supuesto, el ejercicio de la libertad - ni siquiera de parte de los historiadores- sino la lucha por y contra la libertad, tanto en un bando como el otro. Solamente la historia como conversación, la historia no sólo escrita, sino vivida como diálogo, y por lo tanto como ejercicio de la libertad, es la que hará posible entre nosotros la convivencia.”

Esta concepción de Coronel Urtecho del sentido que correspondería imprimir a nuestra historia para que deje de prevalecer en ella la “cultura de la violencia”, coincide con lo que hoy día las propias Naciones Unidas, y particularmente la UNESCO, se empeñan en promover bajo el nombre de “cultura de paz”, fundamentada en el respeto a los derechos humanos y el uso del diálogo y la negociación para la solución pacífica de los conflictos.

Si la historia es conversación, diálogo, fue un poco frustrante para José Coronel el silencio que siguió a la aparición de los dos primeros tomos de sus Reflexiones. El mismo nos lo dice en el Apéndice al Tomo II: “Lo que esos dos primeros tomos produjeron en Nicaragua, fue un profundo silencio. Entiendo que circularon y aún se leyeron bastante más de lo corriente entre nosotros con obras de esa índole, pero las reacciones de los lectores que yo había esperado, si es que se produjeron, nunca han llegado a mi conocimiento, salvo que considere como tales ciertos rumores y murmuraciones faltos de toda seriedad y precisión. En realidad nada se ha escrito o dicho de mi libro que contribuya a ponernos de acuerdo sobre el sentido de nuestra historia.”

Y sin embargo, en sus Reflexiones José Coronel había expuesto varias tesis que realmente merecían al menos un comentario de parte de nuestros historiadores e intelectuales. Por ejemplo, Coronel sostiene don Crisanto Sacasa, el primer Sacasa que figuró de manera destacada en nuestra política y fue en su época un símbolo de la mentalidad criolla, fue no sólo fundador del partido conservador de Nicaragua, sino también precursor del liberal, por cuanto fue él quien “llevó a la política la actitud puramente pragmática de tendencia económica, que terminó por caracterizar tanto a un partido como al otro.” “En ese aspecto es que Sacasa, añade Coronel, puede considerarse un conservador aún más representativo que don Fruto Chamorro y al mismo tiempo un liberal más típico, más parecido al funcionario ideal de la burocracia liberal, que Máximo Jerez”... El Coronel Crisanto Sacasa, comerciante, Jefe Político de Granada y Comandante de Armas, fue el primer hombre de negocios metido en política por la exigencia misma de sus propios negocios. “En tal sentido, afirma José Coronel, representaba el verdadero rumbo del futuro. De no haber perecido en el sitio de León, es muy posible, asegura Coronel, que hubiera logrado organizar Nicaragua, conjugando los intereses de Granada con los de León.” En todo caso, fue un personaje complejo, que introdujo también en la política la proverbial cortesía de su familia, pero que en su época no le impidió suscitar, en su propia ciudad de Granada, lo que dió en llamarse “*la irritación contra los Sacasa*”. (En otro escrito, Coronel dice que los Somozas fueron “*una rama aberrante y desmesurada de la misma familia Sacasa*”, y que “*los Somoza no tenían principios. Los Sacasas tampoco tenían principios, pero sí maneras*”).

En un perfil magistral que Coronel traza de don Crisanto Sacasa nos dice: “Don Crisanto, en efecto, además de haber sido, como dice Pérez, un “mimado de la monarquía”, fue, sin embargo,

el hombre que proclamó la independencia en Nicaragua y en quien al mismo tiempo se apoyaban en Granada, es decir, en oriente, tanto el imperio de Iturbide, como la idea republicana. El era, no cabe duda, el que guardaba, en los momentos más difíciles, el equilibrio de Granada, haciendo colaborar a sus enemigos en su política de neutralidad expectativa, y el equilibrio de Nicaragua, conservando el respeto de León y manteniendo en suspenso la amenaza de González Saravia, mientras en Centroamérica era mirado como aliado, no sólo por Guatemala, sino también por San Salvador. Era también aliado natural de los Aycinenas o Beltranenas y demás comerciantes guatemaltecos, y a la vez íntimo amigo de liberales importantes como don Pedro Molina. Nadie como él era capaz de armonizar tantas cosas contrarias. Aunque no fuera más que por eso, sería difícil encontrar en ese tiempo otro nicaragüense más importante actuando en el país. Con él inicia Nicaragua su vida independiente.”

Pero el silencio del cual se quejaba Coronel no fue total. Al menos el Padre Angel Martínez le hizo conocer a don José sus comentarios sobre las **Reflexiones** en cartas que reprodujo Mimí de Mendoza en su artículo “**José Coronel Urtecho desde Angel Martínez**” (Revista del Pensamiento Centroamericano N°150). El Padre Angel le dice en una de esas cartas: “*Querido poeta, tan buen historiador como poeta. Pero de eso ni hablar ahora. Ni de lo mucho que me ha gustado verlo entrar a fondo en su verdadera historia ya desde las primeras líneas y reflejar extraordinariamente bien lo que es Nicaragua y Centro América en su realidad continuada en sus historiadores; toda una guerra civil, aún más de ellos que de ella*”... “*Pasma la asimilación de tanto libro leído, como supone ese perfecto dominio de la materia histórica, José Coronel vive cada una de las épocas sobre que reflexiona*”... *José Coronel es un lector como no habrá habido muchos*”... “*El se queja de que no tiene memoria y yo lo contradiría diciendo que tiene el mejor, sino el más lúcido modo de memoria: la memoria por asimilación*”... “*El resultado de esa buena memoria de José Coronel Urtecho es el que su libro sea lo que él pretende que ha de ser: no una historia, sino una sobre historia de Nicaragua. A eso van sus reflexiones y sus reflexiones sobre las reflexiones*”... “*Avanza retrocediendo. Desde más atrás nos hace ver lo que es y ha de ser más adelante. Es un modo de que la historia sea como él la ve. Historia como diálogo. Sólo así la Nicaragua del pasado puede vivir hablándole a la del presente, para que la del presente le hable a la que ha de venir*”.

Otra opinión que rompió el silencio, esta vez desde una perspectiva marxista, fue la de Rodolfo Cardenal Chamorro, quien en su tesis para optar a la maestría en historia en la Universidad de Austin, Texas, analizó las interpretaciones históricas de José Coronel Urtecho y Severo Martínez Peláez.

Rodolfo Cardenal reconoce que la importancia de la tesis de Coronel sobre la historia como conversación radica *“primero, en ser un intento de superación de las historias partidistas clásicas, lo cual supone un avance innegable dentro del campo de la interpretación y de la teoría de la historia; segundo, en ser un sistema interpretativo que opera a base de una reducción idealista que es propia de toda una fuerte y antiquísima corriente en filosofía de la historia y que aún tiene vigencia entre nosotros”*.

Cardenal rechaza la visión idílica de la época colonial que se desprende de las Reflexiones de Coronel y sostiene, enumerando las numerosas rebeliones indígenas, que la colonia fue una época violenta, tremendamente violenta. Tampoco acepta el reduccionismo que supone considerar a las familias dominantes como los únicos sujetos activos de nuestra historia, quedando el pueblo reducido a mero espectador. En definitiva, sostiene Rodolfo Cardenal, Coronel propone un regreso al orden colonial y se opone al proceso histórico en nombre de un pasado idealizado.

José Coronel respondió a las críticas de Cardenal con unas **“Notas tomadas al margen de un comentario a mis reflexiones sobre la historia de Nicaragua”**, publicadas en el N°153 de la Revista del Pensamiento Centroamericano, no sin cierta ironía. Dice en algunas de ellas: *“Probablemente estoy más equivocado de lo que creo, pero menos de lo que creen”*. *“En mis Reflexiones sobre la Historia de Nicaragua todo lo que se dice de la colonia es preliminar, provisional, insuficiente -lo más sacado de los residuos que alcancé a ver- para hacer ver que existe el pueblo nicaragüense y lo nicaragüense, formado entonces.”* *“Bueno o malo, querramos o no querramos, fuimos formados por la colonia”*. *“El profesor norteamericano S. me pregunta: “¿De dónde sacó usted todo lo que dice sobre la colonia?” Yo, medio en broma, le respondo: “La colonia soy yo”; “Cuando hablamos de historia de Nicaragua, todos hablamos de lo que no sabemos. En todo caso, falsa o verdadera, no hay más historia que la que hablamos”; “Creo que mis tres tomos de Reflexiones sobre la Historia de Nicaragua, por poco que valgan, valen*

más ahora que antes de los comentarios de Rodolfo Cardenal Ch. La misma historia de Nicaragua ha avanzado algo más por esta confrontación, o mejor dicho, diálogo o dialéctica.”

Para finalizar estos apuntes, me parece que conviene también tener presente que José Coronel Urtecho es uno de nuestros pocos intelectuales que ha especulado sobre el papel de los intelectuales en nuestra historia. El mejor testimonio al respecto lo constituyen sus “**3 Conferencias a la empresa privada**”, en las cuales analizó las relaciones, casi siempre difíciles, entre los intelectuales y los hombres de empresa. Pero ese es otro asunto. Aquí baste mencionar lo que Coronel nos dice acerca del papel secundario o subordinado que les ha correspondido a los intelectuales en nuestra historia, signada por la violencia y la guerra civil. Hasta nuestros días, los intelectuales han sido casi siempre desplazados del poder por los militares o por los comerciantes. Y cuando logran imponerse, sus victorias son efímeras salvo, como apunta Coronel, que los intelectuales se transformen ellos mismos en generales, como ha ocurrido algunas veces.

La palabra intelectual, tal como hoy la entendemos, sugiere Coronel que empezó a usarse ya bien avanzados los Treinta Años y más concretamente durante el régimen del presidente Zelaya, quien se consideraba a sí mismo un intelectual y supo rodearse de intelectuales, creándose así la tradición del respeto y admiración que entre los liberales han disfrutado los intelectuales, hasta que se produce el predominio de los Sacasas, que aportaron al liberalismo una actitud muy semejante a la conservadora en relación con los intelectuales. En cambio, en Granada y entre los conservadores, gracias al espíritu comercialista y anti-intelectual de la Calle Atravesada y después de las burlas de don Enrique Guzmán y sus hermanos, los intelectuales sufrieron una seria devaluación en la consideración política y social.

“No es, pues, extraño, sostiene Coronel, que Nicaragua, en la medida en que se puede considerar republicana, después de todo pudiera llamarse una república de generales. No solamente una gran parte de los mandatarios o Presidentes de la República han sido generales, sino hasta los contados políticos civiles que han presidido el Ejecutivo, casi siempre lo hicieron sostenidos o manejados por algún General que dominaba los cuarteles. Esa ley sólo ha sido en cierto modo desmentida o relativamente superada por los gobiernos de los Treinta Años, como después de todo era lo natural entre representantes de un sistema oligárquico comercialista, o mejor dicho,

de una oligarquía de propietarios al servicio del comercio. Los militares, por lo demás, hasta donde han podido, han gobernado casi siempre en beneficio de los comerciantes. En realidad, los mismos militares no pocas veces eran a la vez militares y comerciantes y por lo tanto usaban su poder o trataban de usarlo en beneficio del comercio”.

A los intelectuales, añade Coronel, les ha tocado en suerte muchas veces servir tan solo como “figuras decorativas”, útiles únicamente en momentos críticos para funciones representativas o para redactar documentos oficiales. De ahí que con frecuencia les suceda que terminen siendo utilizados por los pícaros de nuestra política o por las dictaduras, y son pocos los que tienen la entereza de reconocer sus errores políticos, a como lo hizo José Coronel, quien incluso trató de dejarnos un testimonio de su experiencia política bajo el título de “MEA MAXIMA CULPA”, cuyo primer capítulo significativamente se titula “Resistencia de la Memoria” (Revista del Pensamiento Centroamericano N°150).

Concluyo esta sección con un retorno a una de las reflexiones más vigentes de José Coronel en el momento: *“La vida política de los nicaragüenses, en el pasado igual que en el presente, debe empezar por libertarse del espíritu de guerra civil que anima esa política y la conduce necesariamente por los caminos de la violencia”.* Que lo logremos dependerá, en buena medida, que los intelectuales nos decidamos a asumir nuestra responsabilidad como tales, comprometiéndonos con la causa que haga desaparecer de nuestra historia ese espíritu de fronda, faccioso y de guerra civil.

II

Después de analizar la contribución de José Coronel Urtecho como pensador de nuestra historia, regresemos a Coronel como poeta, narrador y ensayista, es decir, como hombre de letras. Veamos primero, algunas opiniones sobre su obra. Para ello, nos vamos a valer del número especial que “**Cuadernos Universitarios**”, la revista de la UNAN le dedicó en 1976, cuando Coronel cumplió 70 años de edad. Este número especial fue coordinado y editado por los poetas Ernesto Gutiérrez y Fanor Téllez.

En el ensayo que sobre su obra aporta a este número el catedrático belga, Fernand Verhesen afirma: *“La singularidad de la obra de José Coronel Urtecho es tal, que es imposible asir de golpe las coordenadas que se acostumbran trazar para definir una trayectoria poética. Hay que*

avenirse a la multiplicidad de las formas, a la diversidad de los aspectos, e intentar descubrir bajo esta apariencia caleidoscópica, los lineamientos discretos, si no secretos, que fundamentan y justifican la coherencia bien profunda de la obra. Puesto que esta coherencia existe, aunque sea muy difícil de percibir si se limita a una lectura lineal: cada fragmento, quiero decir cada poema, cada traducción o adaptación, invita a una lectura que yo con gusto diría buceadora, sin que ella sea por lo tanto, exactamente vertical”.

A su vez, Roberto Fernández Retamar escribe lo siguiente: *“Si hemos de creer a sus comentaristas apasionados, como Ernesto Cardenal y Ernesto Gutiérrez –quienes no vacilan en comparar su obra nada menos que con la de Picasso-, la influencia de Coronel fue decisiva en la formación de poetas tan diversos y ricos como Pablo Antonio Cuadra, Joaquín Pasos, Ernesto Mejía Sánchez, Carlos Martínez Rivas, Fernando Silva, Beltrán Morales –y, por supuesto, los dos Ernestos-. La poesía proteica de Coronel Urtecho incluye piruetas vanguardistas y traducciones de poetas norteamericanos y franceses, sonetos neoclásicos, recreaciones folklóricas y ejemplos de lo que en Nicaragua gustan de llamar poesía “exteriorista”, y sólo vino a mostrarse en conjunto en 1970, cuando la Editorial Universitaria de la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua publicó en León, Nicaragua, su libro Pol-la d’ananta katanta paranta. Imitaciones y traducciones, con un alegre prólogo de Ernesto Gutiérrez titulado “¡Al fin, un libro de poemas de José Coronel!”. El desconcertante nombre del libro del desconcertante Coronel proviene del griego: del griego de Homero, donde “pol-la d’ananta katanta paranta, dedojmia t’elzon” significa: “y por muchas subidas y caídas, vueltas y revueltas, dan con las casas”.*

Y en el breve prólogo a “Rápido Tránsito”, una de las mejores obras en la prosa de Coronel, el gran intelectual español, Pedro Laín Entralgo, escribe: *“Muy justamente admirado por todos cuantos como escritor le conocen, pero no tan anchamente conocido entre nosotros como a las letras castellanas conviene, José Coronel Urtecho, poeta y prosista de primer orden, nos ofrece con Rápido Tránsito una pequeña obra maestra. Y no solo por la profundidad y la agudeza de sus intuiciones de la vida neoyorquina –esa vida es el gran protagonista de Rápido tránsito, bajo los menudos sucesos que fluidamente van acaeciendo en la personal existencia del narrador-, sino también, y aun sobre todo, por la felicísima prosa con que las describe: una prosa líquida, ondulante, clara, tornasolada, óptimo espejo y óptimo indumento de lo que en realidad es hoy la*

experiencia de una ciudad multitudinaria o -como nuestros abuelos solían decir- tentacular. Es seguro que cuando Rubén Darío, allá en su alto sitial del Elíseo, lea este libro de su coterráneo el nicaragüense Coronel Urtecho, dirá complacido para su ya transparente pecho: “Bien está este José”. No, no muere el espíritu en las “inclitas razas ubérrimas”.

Para concluir, relataremos tres anécdotas de José Coronel Urtecho, que se relacionan con el período (1964-1974) en que quien escribe desempeñó la Rectoría de la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua (UNAN).

La primera se refiere a la hazaña que fue convencerlo para que nos autorizara a publicar un libro, con su obra poética dispersa en revistas y antologías, en la colección **Poesía** de la Editorial de la UNAN, que acertadamente dirigía el poeta Ernesto Gutiérrez. Veamos como nos refiere Gutiérrez lo que significó arrancarle el permiso para publicar el libro: *“El capitán del Movimiento de Vanguardia, el poeta que por sí solo explica el extraordinario florecimiento de la actual poesía nicaragüense, aún no había hasta ahora (1970), publicado sus poemas reunidos en libro. Por excesiva autocrítica se negó siempre a hacerlo, y no fue sino por una insistencia a lo largo de tres años que la Editorial Universitaria de la UNAN logra sacar a luz esta publicación que indudablemente se volverá indispensable para la historia de la literatura nicaragüense, así como será fecundante para las nuevas generaciones de poetas, que surjan cuando ya no sea posible recibir las enseñanzas de viva voz de José Coronel. Porque Coronel Urtecho ha sido socrático en sus enseñanzas, por su acción conversacional y su actitud abierta a la discusión de todas las posibilidades estéticas en la poesía. La Universidad de los poetas de Nicaragua ha sido la conversación con José Coronel, en ella se han formado desde 1927 casi todos los poetas de esta tierra”... .. “Y no fue fácil reunir los poemas de este libro, la obra poética de Coronel Urtecho estaba dispersa en antologías, periódicos y revistas y no fue sino gracias a la paciente labor de recopilación llevada a cabo por nuestro joven crítico e investigador, Jorge Eduardo Arellano, que se hizo posible reunirla; luego vino la eliminación por el poeta de algunos de sus poemas por considerarlos o muy juveniles u ocasionales, y la ordenación de los mismos; todo pacientemente logrado a través de alrededor de 20 cartas cruzadas con el poeta y de otras tantas reuniones y discusiones con él mismo. Este libro no encierra por lo tanto sus obras Poéticas Completas a la fecha, sino, es lo que hasta hoy él admite como Obra Poética. Y aunque el título del libro nos informa de su permanente afán de búsqueda y ensayos de expresión; yo diría que el*

libro todo encierra sus singulares y diversos logros poéticos de comunicación y expresión. Al decidir y sugerente nombre homérico de este libro: “Pól-la d’ananta, katanta, paranta –y por muchas subidas y caídas, vueltas y revueltas” José Coronel Urtecho agrega un subtítulo: “Imitaciones y Traducciones”; preguntado del por qué del subtítulo, dice que todos sus poemas han sido sugeridos por algún otro poema de algún otro poeta en alguna de sus innumerables lecturas, y que las traducciones son también parte de su obra, porque al hacerlas, esos poemas de otros poetas se han hecho nuevamente poemas, pero a su manera, o sea, que al hacerlo a su modo, de cierto modo, ha hecho suyos esos poemas. Coronel Urtecho que publicó en 1949 (en las Ediciones de Cultura Hispánica) su excelente “Panorama y Antología de la Poesía Norteamericana” y posteriormente en unión de Ernesto Cardenal (en la Editorial Aguilar) una vasta antología también de poesía norteamericana, incluye en este libro dos secciones de traducciones del francés y del inglés; posiblemente sean estas las que él más estima o las que por su hechura o por sus temas considera más suyas”.

Cabe referir aquí que cuando le enviamos a don José Coronel Urtecho los primeros ejemplares de su libro, nos envió una carta, desde “Las Brisas”, agradeciendo el envío “del libro de ustedes” (se refería al poeta Ernesto Gutiérrez y a quien escribe). Para don José, el libro era más “nuestro” que de él, y en su carta nos atribuía todo el mérito de su publicación.

En otra oportunidad, en su calidad de Rector de la UNAN, quien escribe se permitió invitarlo para que dictara una conferencia en la Universidad sobre la poesía norteamericana contemporánea, con especial referencia a Ezra Pound. Aceptó la invitación, siempre que no fuera una conferencia, mucho menos una “conferencia magistral”, y que no fuera en el “Paraninfo” de la Universidad en León, porque ese lugar tan augusta, con un nombre tan impresionante como lo es la palabra “Paraninfo”, le causaba pavor y lo inhibía para hablar. Que él ofrecía llevar a cabo un simple “conversatorio”, en algún lugar más modesto, como por ejemplo en la cafetería de la UNAN y en torno a una mesa. Que él quería más que enseñar, aprender. Así se hizo: nos reunimos unas doce personas (escritores, intelectuales y poetas jóvenes, entre quienes recordamos a Edgardo Buitrago, Mariana Sansón, Raúl Elvir, Fanor Téllez, Octavio Robleto y otros). Por supuesto que el “conversatorio” se transformó en un largo monólogo durante el cual Coronel

Urtecho disertó, con pleno dominio del tema, por más de dos horas sobre la trascendencia de la poesía de Ezra Pound.

Otra anécdota: después de haberles otorgado el Doctorado Honoris Causa de la UNAN a Alfonso Cortés, Salomón de la Selva y Ernesto Mejía Sánchez, nos pareció que la UNAN debía honrar con ese título honorífico al gran animador del Movimiento de Vanguardia, José Coronel Urtecho. Se le envió una carta a “Las Brisas” pidiéndole su consentimiento. A vuelta de correo, don José nos dijo que declinaba el honor, pero que el día que la Universidad ofreciera el título de “**Estudiante Honoris Causa**”, entonces sí lo iba a aceptar.

Estas anécdotas nos revelan la personalidad de Coronel Urtecho, lector insaciable, de formación autodidáctica, como Darío, como Alfonso Cortes y Salomón de la Selva, que muy temprano asumieron lo que hoy se considera el paradigma de la educación para el siglo XXI: la Educación Permanente y el “aprender a aprender”, para seguir aprendiendo durante toda la vida.

Finalmente, nos complace reproducir el breve pero genial discurso pronunciado por José Coronel Urtecho en una celebración del doce de octubre en Madrid, España, siendo entonces Consejero de Asuntos Culturales de la Embajada de Nicaragua en España. “*Centroamérica ha dado tres grandes testimonios a la cultura hispanoamericana: En la época precolombina: el “Popol-buh”, en la época colonial: la “*Rusticatio Mexicana*”, de Rafael Landívar, y en la época independiente: la maravilla de Rubén Darío*”.